

EL VIAJERO SOBRE LA TIERRA

JULIEN GREEN

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS Y EPÍLOGO
DE ÁLVARO DE LA RICA



TÍTULO ORIGINAL: *Le voyageur sur la terre*

Publicado por

AUTOMÁTICA

Automática Editorial S.L.U.

Españoleto 4, 2º Izq - 28010 Madrid

info@automaticaeditorial.com

www.automaticaeditorial.com

© Julien Green 1930 et 1989 et Librairie Arthème Fayard 1997

© de la traducción, Álvaro de la Rica 2012

© del epílogo, Álvaro de la Rica 2012

© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U. 2012

© de la ilustración de cubierta, Iban Barrenetxea 2012

ISBN: 978-84-15509-05-9

DEPÓSITO LEGAL: M-20500-2012

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors

Composición: Automática Editorial

Corrección ortotipográfica: Automática Editorial

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: Junio de 2012

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

«Nada tan pegajoso como estas imaginaciones melancólicas».

MALHERBE

Hace unos cuantos años, el autor de esta traducción que vamos a leer se encontraba en una ciudad de los Estados Unidos cuando, al azar de una pequeña investigación literaria, se encontró entre las manos con unos documentos de un carácter tan extraño que se entretuvo en copiarlos por entero; pero como quiera que se refieren a cosas lejanas y casi olvidadas hasta en el país donde ocurrieron, no sería adecuado presentárselos al lector sin remontarse a los orígenes del asunto y evocar un acontecimiento que conmocionó en 1895 a la ciudad universitaria de Fairfax.

Hacia el 10 de septiembre de ese año se retiró del río el cuerpo de un hombre joven de unos diecisiete o dieciocho años. Las múltiples brechas en sus miembros indicaban que debía de haberse precipitado por una pendiente, siendo su cuerpo arrastrado violentamente hasta el abismo golpeándose con varias piedras cortantes.

Un poco antes de atravesar la ciudad, el río corre entre dos muros escarpados, erizados de rocas, que ganan altura conforme se remonta la corriente y uno se adentra en la campiña. No resulta difícil imaginarse la escena del accidente. El joven paseaba de noche, sin duda, por los alrededores de la ciudad. Sin ver por dónde va, llega al borde del río. La oscuridad lo ciega. La tierra, todavía húmeda a causa de una tormenta

reciente, está removida. Se resbala inesperadamente y, antes de poder reaccionar, se precipita sobre las rocas que lo desgarran mientras cae al río en el que se ahoga.

No obstante, había tal claridad la noche de su muerte que fueron muchas las personas que se negaron a creer que pudiera alcanzar la ribera sin ver nada a sus pies, y suponiendo que por una u otra razón él hubiese querido poner fin criminalmente a sus días, propusieron que fuese enterrado en un rincón apartado del cementerio y sin las ceremonias sagradas. Eran tantos y presentaron razones tan plausibles que nos disponíamos a alinearnos con su punto de vista y a enterrar al joven como ellos deseaban.

La investigación determinó que se llamaba Daniel O'Donovan y que llevaba varios días en la ciudad, en la que pretendía realizar sus estudios. Pero en medio de esta coyuntura alguien descubrió unos papeles manuscritos del difunto que permitían pensar que se había avanzado demasiado de prisa sin tener en cuenta circunstancias muy singulares por el mero hecho de que se desconocían, pero que deberían conducir a una conclusión muy distinta de la que había estado a punto de ser adoptada. El entierro fue por tanto pospuesto hasta el día siguiente de aquel en el que se encontraron los papeles; se procedió a examinar cuidadosamente esos manuscritos y se escucharon las declaraciones de las personas que habían conocido a Daniel O'Donovan. Finalmente, como la duda permanecía instalada, se resolvió que era preferible equivocarse en la caridad que en el rigor. Se inscribieron entonces en los registros,

junto al nombre de Daniel O'Donovan, las palabras de una vieja fórmula conveniente en casos parecidos: *Muerto por la visitación de Dios*, y se acordó enterrar al joven con decencia, haciendo grabar sobre la lápida que lo cubría este verso sacado del libro de los Salmos:

¿Cómo purificará un joven su camino?

Casi al mismo tiempo, el director de un periódico de la ciudad se comprometió a ofrecer al público el manuscrito encontrado y eligió como título el versículo que había servido de epitafio. Esta publicación intrigó a numerosos lectores y, dado que el manuscrito se detiene en un momento decisivo, hubo varias personas que intentaron completar la especie de narración de la que se compone, con ayuda de lo que ellos conocían de antemano sobre el carácter de su autor.

De ese modo se pudo leer una continuación del manuscrito que en realidad no tiene más interés que el de una historia imaginaria y que yo he creído preferible ignorar. La he reemplazado por unas cartas que me han parecido más interesantes porque los hechos que recogen son verdaderos y cubren lagunas muy importantes. Naturalmente, por lo que se refiere al relato de Daniel O'Donovan, no he querido recortar sus excesos, ni corregir sus abundantes torpezas. Solo añadido que, tanto en esta narración como en las cartas, todos los nombres, como cabría esperar, son ficticios.

He aquí una traducción de estos documentos:

